

OB

A

B

B

B

Bel

Bel

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be

Be



PQ 2207  
.C6  
F48

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.  
Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. M.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA».  
Pasaje de San Vicente, núm. 20.

TA

na-

2-

o-

4-

7-

l-

e-

ti-

tr-

2,5

d-

j-

ra-

5-

d-

..

aj-



UNA MUJER DE GANCHO.

I.

La venta está situada á la orilla del agua, y sus blancas murallas se reflejan en el Sena. Una barca llena de frescos pescados está amarrada entre los rosales debajo de las ventanas. Algún pintor que ha pasado por allí (de los muchos que visitan este sitio) ha bosquejado en la puerta de entrada un conejo medio desollado que parece estremecerse bajo la acción de un gran fuego. El nombre del posadero se destaca en grandes letras azules: LABARBADE. En esta posada es donde se hospedan los artistas que visitan el bosque de Fontainebleau.

La hija del posadero Labarbade, Antonieta, era una notabilidad en Samoreau. Tenía diez y seis años, grandes ojos negros que brillaban en su rostro algo pálido, y espesos cabellos recogidos con un descuido tal, que á veces se desataban brus-



camente cayendo sobre sus espaldas. Sabía que era bonita, porque cuando pasaba por las calles, todas las miradas se dirigían á ella, y además tenía espejos que le repetían lo que ya sabía. La joven los ocultaba bajo su lecho ó detrás de su armario para que su padre no la riñera. Era éste un hombre de mal carácter, agriado aun más por la desgracia. Había trabajado toda su vida sin gran suerte, siendo de esos seres que nacen condenados á trabajar siempre. Su primera mujer, la madre de Antonieta, había muerto joven, y casado por segunda vez, el pobre hombre no había encontrado más que disgustos y desavenencias en su hogar. Su segunda mujer, avara, adusta y vanidosa, aunque muy bella, educaba á la pobre Antonieta con mucha dureza. Con frecuencia la pegaba, y con más frecuencia aún la dejaba sin comer, enviándola á la cama sin cenar *para enseñarla*. Antonieta no decía nada; se acostaba y mordía las sábanas, á fin de que no la oyese llorar su madrastra que estaba en la habitación próxima.

La niña era terca y jamás se humillaba. Se rebelaba contra la injusticia y oponía la ironía á la severidad, acostumbrándose poco á poco al abandono en que la dejaban.

Al principio Labarbade había tomado la de-

fensa de su hija, oponiéndose á que se la maltratase. Cuando llegaban estas escenas, levantaba la voz y cortando una gran rebanada de pan la ponía en las manos de la niña, acompañada de algunas manzanas ó bizcochos, diciéndola: «¡Véte ahora!» pero como las querellas le disgustaban, dejó de luchar contra su mujer, que sabía hacerle pagar bien caras aquellas rebeliones, y hasta llegó á persuadirle de que toda la culpa era de Antonieta y de que sin ella su hogar hubiera estado siempre tranquilo.

—Arreglaos como podáis (dijo una noche). Después de todo, esta chica es muy desobediente y no merece que yo la defienda.—Y separó bruscamente de sí á la niña, que se había colocado á su lado como para defenderse de la cólera de su madrastra. Desde aquel día la pobre Antonieta se encontró completamente aislada en su casa.

Su madrastra acababa de tener un hijo y Labarbade, de carácter débil bajo su brusca apariencia, había abandonado por completo á la niña para no ocuparse más que de su *Benjamín*. Antonieta, entregada sin defensa á la cólera de su madrastra, se indignaba en silencio contra su padre. Hasta entonces había contado con aquel socorro que la había proporcionado á veces meses enteros de tranquilidad; pero ahora todo había acabado para

er-  
us-  
pe-  
e la  
gua  
tana  
rbo-  
ino.  
to al  
seos,  
hier-  
r las  
s que  
osten-  
  
hojas  
llo del  
teados  
lento,  
venían.  
sueños!  
i Anto-  
la casa,  
cuartito  
paredes

Ar  
1  
Ba  
mi  
Bel  
de  
Bel  
Bel  
tin  
Bel  
Bel  
lo:  
Bon  
Can  
CLA  
CLA  
CLA  
en te  
CLA  
5 y 6  
CLA  
tomos  
CLA  
tela.  
CLA  
cano:  
Cubas  
Cubas  
Cubas  
Cuent  
res: 2, 5  
Delpit  
Dicke  
Dumas  
3, 50 en  
Eca de  
dos tom  
Edmon  
Enault.  
Ennery  
Feuille  
Feuille  
Feuille  
eracia: 2  
Feillet  
2, 50 y 3  
Feillet  
2, 50 y 3  
Feillet  
Portuni  
Gaboria  
2, 50 y 3  
Gaboria  
3 en tela.  
Gaboriau  
y 3 en tela  
Galeria  
varios escri  
os pedid  
estando



ella. Su madrastra había triunfado. ¡Qué aislamiento! Pero la niña tenía paciencia. Algo instintivo la decía que aquella vida no duraría mucho tiempo. Trabajaba para aturdirse y olvidar. Pensaba. Conducía la barca y le gustaba arrollar con ella los juncos que bordeaban las orillas del río. Con los cabellos sueltos, los brazos desnudos saliendo de un corpiño que permitía verla hasta los sobacos, dirigía su barca sirviendo de barquero á los jóvenes que querían atravesar el río para llegar á la posada de Labarbade. Cuando la decían alguna galantería se ponía del color de la grana. Aquellas risas maliciosas acompañadas de significativos gestos, palabras extrañas y frases de doble sentido, la turbaban y la hacían enrojecer. Cuando se encontraba sola, se repetía cuanto la habían dicho, cerraba los ojos tratando de comprender, adivinaba, soñaba. Lo desconocido la torturaba. Entreveía un porvenir que tardaba en llegar. La habían dicho tantas veces los que por allí pasaban: «¿Quieres venirte conmigo á París?» ¡París! Este nombre no significaba para ella otra cosa que Libertad, y el más ardiente deseo de su vida era ser libre. La casa la abrumaba, se ahogaba en su cuarto, y odiaba á su padre, á su hermanito, á los vecinos y hasta al país.

¡Qué vida! ¡Pasarla, casarse allí, envejecer, perder su hermosura! ¡Todas sus paisanas la disgustaban con sus toscas manos y sus grandes y pesados pies! Cuando no iba á coger anguilas de la barca para llevarlas á la cocina, ni sacaba agua del pozo, se apoyaba en el alféizar de una ventana abierta y miraba correr el agua, agitarse los árboles y alejarse á los que pasaban por el camino. Otras veces salía de la casa y se sentaba junto al agua. ¡Qué dicha! ¡Estaba sola con sus deseos, con sus sueños, en la pradera llena de altas hierbas que se doblaban como pretendiendo besar las aguas; entre los rosales, los encorvados juncos que relucían al sol y los amarillos nenúfars que ostentaban sus brillantes y anchas hojas!

Sólo turbaba el silencio, el roce de las hojas secas arrastradas por el viento, el murmullo del agua, á través de la cual se movían los plateados peces, y detrás, en el camino, el vago ruido lento, sordo y como amenazador de los que iban y venían. ¡Vivir allí, dormir allí, viendo á París en sueños! Pero de pronto la voz de su padre llamaba á Antonieta, y ésta tenía que levantarse, volver á la casa, sentarse al hogar, ó encerrarse en aquel cuartito en que tantas veces había llorado.

¡Qué triste era todo aquello! Las paredes



blanqueadas con cal, el entarimado de carcomidas tablas, el techo atravesado de vigas ennegrecidas por el polvo, una cama con colcha amarilla, un armario viejo y un aparador con loza de flores rojas y azules, sillas de paja y de nogal, y colgados del techo grandes rosarios de setas, un bote de pomada, una *terrina de foie-gras* conservada como una reliquia, amarillentos papeles, algunos libros rotos y empolvados; ¡y qué libros! Antonieta los había leído y releído todos: *La vida de Abd-el-Kader*, *El Anuario del departamento*. La joven se ahogaba en aquella casa, y sin sus esperanzas para el porvenir y su sed de placeres se hubiera muerto.

Pero estaba decidida á vivir.

Una noche (era la fiesta de Samoreau) la hermosa joven se fué al baile, burlando la vigilancia de su madrastra. Había pasado muchas noches cosiendo un vestido blanco que Labarbade le había comprado como aguinaldo y que su madrastra había conservado en pieza; pero Antonieta sabía muy bien dónde estaba el vestido, y había abierto el armario, cogido la tela, y por un patrón de una costurera de Fontainebleau le había cortado.

Era una hermosa noche de Julio, y los jóvenes de Samoreau bailaban en la plaza. Se oía el ruido

de las carabinas que disparaban con objeto de hacer blancos, que eran premiados con un conejo. Había también el juego de la rueda, que giraba, parándose delante de los diferentes premios, que consistían en objetos de porcelana ordinaria, navajas y cosas de poco valor. Se escuchaba un ruido compuesto de mil ruidos: gritos, cantos, risas, música y tiros. La luz era roja; lámparas de esquisito iluminaban la sala de baile, formada por piquetes entre los cuales pasaba una cuerda que hacía las veces de muralla. Colocados sobre un tablado había cuatro músicos, con los carrillos hinchados, tocando el clarinete y la trompeta. La luz de las lámparas que estaban suspendidas de los árboles enrojecía las caras apopléticas de los músicos, envolviendo en tintes rojos á los mozos y á las muchachas vestidas de percal blanco. Una especie de fiebre enloquecía á los hombres y á las mujeres, que bailaban gritando y riendo con tal frenesí, que cuando terminaba el baile, se dejaban caer rendidos en el suelo.

Á través de las hojas verde-oscuro de los castaños penetraban los pálidos rayos de la luna.

En medio de la multitud bailaba Antonieta. Estaba encantadora con su nerviosa alegría, su color animado y sus brillantes ojos. Como com-



prendía que la miraban, procuraba agradar. Más prudente, sin embargo, que todas aquellas soeces gentes, parecía una nota discordante en medio de aquella juventud frenética. Estaba rodeada de jóvenes y de mujeres que no separaban la vista de ella, y se sentía orgullosa de atraer hacia sí tantas miradas.

De pronto la multitud de bailarines se separó, empujada brutalmente, y Antonieta recibió un terrible bofetón en medio del rostro. La joven vaciló y estuvo á punto de desmayarse. No veía ni oía nada. La sangre corría por su vestido blanco. Un rumor de indignación se levantó, y entre aquel ruido oyó Antonieta una voz que decía estas palabras:

—Ya te enseñaré yo á venir á bailar sin mi permiso, bribona.

Era su padre.

La joven sintió que la cogían por un brazo y la arrastraban.

Cuando estuvo en su casa, loca de vergüenza, de cólera y de amor propio ultrajado, hizo un paquete con sus peines, su pomada y sus espejos, y saltando al jardín por la ventana de su cuarto, que estaba á poca altura, se dirigió al puente de Valvins. Después atravesó el bosque, y sin te-

mor á nada se dirigió á París. Conocía el camino, porque un día de feria su padre la había llevado en una tartana á ver la fiesta.

Por el camino comió algunos pedazos de pan que había cogido de su casa maquinalmente; convivía también con algún dinero con que poder vivir dos ó tres días. Al llegar contó su fortuna.

Tenía veinte francos.

Antonieta sentía hambre y se paraba ante los escaparates de los restaurants con su paquete en la mano. Se encontraba en una estrecha calle llena de ruido, de coches y de obreros y obreras que volvían del trabajo. Había llovido. Todas aquellas gentes estaban llenas de lodo, y Antonieta, fatigada, sentía el peso de sus vestidos mojados y completamente llenos de lodo; pero nada de esto la entristecía, sino que, por el contrario, todo lo que veía la alegraba. De cuando en cuando pasaba á su lado cantando algún atrevido que la miraba descaradamente. Ella no bajaba los ojos y le parecía que ya en alguna parte había oído aquella canción, aquella copla y aquellos gritos.

Sentía necesidad, y el pan se había acabado. Al volver una calle, un olor apetitoso detuvo á Antonieta, que miró con avidez y vió una vendedora de



patatas fritas y de sardinas que removía su sartén.

—Dadme cuarenta céntimos de patatas.

Y después de haber pagado, echó á andar mientras comía con ansia sus patatas fritas, sintiéndose dichosa, confiada y libre.

Desde luego conoció que París era su elemento. Hasta el fango de las calles le gustaba. ¡Qué diferencia de cuando en Samoreau miraba el lodo que salpicaba su ventana, produciéndole accesos de melancolía! Estaba en su centro. París estaba hecho para ella, y creía haberle visto en sueños cien veces.

Antonieta sintió sed. Entró en una taberna, pidió de beber y vació su vaso, mientras una porción de hombres la miraban dándose con el codo.

Salió, y á pesar del cansancio que sentía, siguió andando, deteniéndose á contemplar aquellos escaparates llenos de alhajas y de cuanto puede ambicionar una mujer. Sus piernas se doblaban; pero quería seguir viendo, devorando con los ojos aquellas maravillas. ¡Sombreros, vestidos, diamantes! ¡Oh! bien sabía ella que en París había de encontrar todo esto.

Pero recordó que tenía que descansar, que dormir; ¿y dónde? Antonieta pensaba con angustia

que tendría que dar su nombre en la posada, y si su padre quería perseguirla podría ser descubierta inmediatamente. Entonces se alejó bruscamente de las casas en que algunos anuncios iluminados anunciaban que se admitían huéspedes. ¿Pero qué hacer? La joven vagaba, dejando pasar las horas y sintiéndose cada vez más fatigada. Por fin llegó á un gran boulevard, á lo largo del cual había dos filas de árboles y bancos de trecho en trecho.

Antonieta empezaba á sentirse invadida por el miedo. La soledad no se le había presentado jamás bajo una forma tan aterradora. Se había sentado con los brazos caídos y los ojos fijos en el suelo, oyendo el vago murmullo producido por mil ruidos que se confundían en uno solo, y tenía fijo el pensamiento en la casa paterna que acababa de abandonar, en la cual por lo menos tenía asegurado el pan y un lecho para dormir. Este pensamiento llenaba de lágrimas sus ojos.

De pronto Antonieta se despertó, por decirlo así. Una mano se había posado sobre su hombro. La joven miró, y vió una mujer sentada á su lado, decentemente vestida y que parecía una obrera.

—¿Qué tenéis?—le dijo.—¿Lloráis?

—No—dijo Antonieta como si la hubieran co-



gido cometiendo una falta, enjugando apresuradamente sus lágrimas.

No quería confesar que sentía dolor por nada ni por nadie del mundo.

La mujer se encogió de hombros, levantándose del banco adonde estaban sentadas, y ya se alejaba cuando Antonieta la llamó.

—¡Señora!

—¿Qué queréis?

—Acabo de llegar á París y no conozco en él á nadie; busco una habitación donde pasar la noche. ¿No podríais indicarme alguna?

—Sí—dijo la mujer;—mi casa.

En estas clases que saben lo que vale el tener un sitio donde albergarse, es donde generalmente se encuentra más caridad. El pueblo ha conservado la costumbre de la hospitalidad á que rinden culto los árabes, ó más bien, comprende y practica la francmasonería de la caridad. La mujer era una obrera que vivía sola y estaba separada de su marido. Habitaba á algunos pasos de allí, en la calzada del Maine, una habitación con una cocina y una especie de salita, que era su taller. Era ribeteadora, y lo que ganaba le bastaba para vivir y hasta podía hacer algunas economías. Era una pobre mujer casada con uno de esos habladores

que peroran en los cafés, abandonando el trabajo. Su mujer le había amado mucho; después la desilusión y el cansancio habíanvenido, y un día se habían separado de común acuerdo. Victoria Herbaut había, pues, quedado sola, sin hijos y sin más afecciones que la de un hermano que la iba á ver algunas veces y trataba de distraerla.

Si Victoria trabajaba con ardor, era por él, pues el joven tenía diez años menos que su hermana, y ésta le consideraba más bien como si fuese su hijo.

Al llegar á casa de la obrera Antonieta estaba ya perfectamente enterada de todo esto, porque Victoria era un poco habladora y muy confiada y caritativa. La pobre mujer había leído en la fisonomía de la niña una tristeza y una angustia tales, que se había ofrecido á ayudarla sin reflexionar.

—Vais á encontrar la casa muy pequeñita—decía Victoria al subir la escalera;—pero nos arreglaremos como podamos.

Con un colchón en el suelo y unas sábanas muy limpias se arregló el lecho de Antonieta. La joven se acostó en seguida; pero no durmió, porque Victoria, sentada á su lado, la preguntaba sin cesar y tuvo que confesárselo todo.



—Hija mía—dijo cuando la niña acabó su relato—habéis obrado mal al abandonar la casa paterna. ¡Ah! ¡nunca he sido yo más dichosa que cuando mi madre me regañaba porque me ponía aceite de olor en los cabellos! Yo también he sido coqueta; pero la coquetería ha pasado en mí como pasará en vos..... Mirad, hija mía, ahora es preciso trabajar, trabajar mucho, para que podáis hacer ahorritos; y cuando queráis casaros, procurad escoger muy bien para no equivocaros.

—Tenéis razón—murmuró Antonieta, cuyos ojos iban cerrándose poco á poco entre sueños de terciopelos y rubies.....

—Os estoy fatigando—dijo Victoria retirándose;—dormid, dormid, y hasta mañana. Antonieta no oía ya.

Al día siguiente, al despertar, experimentó un gran placer. Un sol alegre, lleno de calor y de vida, entraba por la ventana, y Victoria estaba sentada á su lado trabajando. Todo en aquella habitación era alegre y limpio; había un reloj sobre la chimenea, que representaba á Pablo abrazando á Virginia, candelabros de zine, grabados en las paredes, y en un jarrón ajado, triste, amarillento, un ramo de flores de azahar con cintas empolvadas, recordaba el matrimonio de Victoria. La cama

estaba ya hecha, y tenía una colcha blanca y roja hecha á punto de croché, y sobre la cómoda Victoria había puesto el calzado que debía guarnecer aquel día.

—¡Ah!—dijo á Antonieta—¡qué buena cara tenéis hoy! Vamos, hablemos mientras se calienta vuestro café. Yo tomo por las mañanas café con leche. Voy á serviroslo también. Veamos..... ¿Qué sabéis hacer?

—Yo, nada.

—Vamos, pues es necesario que aprendáis á coser. Miradme á mí..... esto no es difícil..... ensayad.

Y haciendo ponerse á Antonieta delante de la máquina de coser, la enseñó cómo maniobraban las agujas y cómo el cuero quedaba cosido á cadeneta doble.

—Ya he aprendido—dijo Antonieta;—pero no haré esto nunca..... me aburriría.

—Pero es necesario que hagáis algo—dijo la señora Herbaut.

Precisamente en la misma casa, y encima del piso de Victoria, había un cuarto desalquilado que costaba ciento cincuenta francos por año y tenía una pequeña ventana que daba sobre la calle; Antonieta se quedó con él, y en seguida escribió á su



padre, diciéndole que hacía tiempo había tomado su resolución; que en Samoreau se hubiera muerto; que París le era indispensable; que tenía ya una posición debida á su trabajo y que *nunca pediría nada á nadie*. Estas últimas frases iban dirigidas á su madrastra.

La contestación á esta carta no se hizo esperar. Labarbade, que había aparentado una gran cólera y había maldecido, impelido sin duda por su mujer, acabó por enviar á paseo á su hija y la escribió diciéndola que en ninguna ocasión ni por ningún motivo quería oír hablar de ella; las últimas palabras de su carta eran: *Has empezado y acabarás como una perdida. Tú ya no eres nada para mí*.

Antonieta leyó esta carta sin emoción alguna; su padre al escribirla había llorado, sin embargo.

En los primeros tiempos de su residencia en la gran ciudad, Antonieta trabajaba, pues le era de todo punto indispensable; sus veinte pesetas habían desaparecido bien pronto; pero este trabajo incesante le era insoportable; soñaba con la inacción y el reposo que París le había prometido; algunas veces confiaba estos locos sueños á Victoria, que la miraba con cierto terror.

—Pobre niña mía—decía entonces la obrera—

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA JURETICA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

nosotros hemos ~~naido~~ abajo y abajo debemos quedarnos; es peligroso querer subir; yo he tenido amigas que tenían también esos sueños. ¿Dónde están esas pobres jóvenes? ¡Ah! ¡Si supierais cuántos entierros he acompañado desde el hospital á la fosa común! Mientras que yo, aunque no soy rica ni dichosa, al menos vivo tranquila.

José Guérin, el impresor, venía algunas veces á ver á su hermana; era éste un muchacho alegre, franco, risueño y aturdido; sabía y hablaba de todo; conocía todas las noticias, lo mismo las de hoy que las del día siguiente, pues éstas las predecía con tal certeza que podía decirse que las sabía: de todo lo que en París sucedía no se le escapaba nada; sabía el color del pelo de la mujer de moda, la hora en que iba al Bosque, el nombre de los que arruinaba, la lista de las deudas que contraía en las tiendas; los secretos de las empresas literarias; por qué tal obra no había tenido aceptación, y por qué razón Mlle. Jane Esler había rehusado tal papel; qué canción iba á producir un gran escándalo; qué cadáver se conducía á la Morgue; las frases que se oían con más atención en el Jockey-Club; el duelo que se concertaba; para qué y por qué una noticia política embargaba los animos; todo lo que sucedía en el barrio Mont-



martre, calles de Brida, Monffetard y Péron y Mexique. Sin haber aprendido nada á fondo, tenía una tintura de todo. Algo conocedor de las ciencias, de las letras, de las artes, no se quedaba nunca cortado; tomaba una idea de un autor, la transformaba, la cambiaba, añadiendo de su parte lo que creía conveniente, con un *chic* tan especial, que le resultaba una *composición*; imitaba á Mélingue ó á Bressant, conocía sus obras, las juzgaba, apreciaba y condenaba, *importándosele poco dónde daba el golpe*, y guiñando el ojo cuando se le hacía presente que era de un escritor afamado y á la moda, respondía con su acento pretencioso:

—Todavía se puede llamar feliz, pues encuentra quien corrija sus faltas.

Antonieta se encontraba verdaderamente satisfecha cuando hablaba con él. Se sentía comprendida y adivinada. La jerga parisién con que José adornaba sus discursos, la comprendía perfectamente. Y tenía la intuición de todo lo picante, lo mismo en las frases recogidas en medio de la calle, que las más cultas, pero equívocas, de los salones. Cuando José, hablando con ella, se encontraba interrumpido por Victoria Herbaut, que dulcemente y dándole un golpecito en la boca le decía: «¡Cállate ya, descarado!» Antonieta replica-

ba entonces con impaciencia: «Dejadle que hable.»

La joven no era ya la campesina un tanto salvaje de Samoreau. El sol parisién había hecho desaparecer aquellos tonos demasiado rudos que el aire y los rayos campestres habían marcado, dejando solamente en aquella fisonomía viva y alegre los reflejos sanos y el color trigueño que alguna vez se ve tan bien imitado en ciertas estatuas de bronce.

José tenía mucho gusto; sabía dibujar un poco. Hizo el retrato de Antonieta. Las sesiones tenían lugar á la caída de la tarde, con luz artificial. Era una verdadera lucha. Antonieta no podía estarse quieta en su sitio, y José se enfadaba y gritaba cada vez que su modelo se movía. El retrato, hecho á dos lápices y bastante mal dibujado, pero muy expresivo, le costó dos semanas, y una vez acabado, José le puso un marco. Antonieta estaba asombrada de lo que sabía Guérin. «Canta bien, baila perfectamente y escribe con gran gusto»—decía á su compañera.—«¡Es un Fénix!»—respondía la señora Herbaut. A fuerza de admirarle tan ingenuamente, Antonieta acabó por amarle. No había amado nunca, pero se daba cuenta exacta de lo que la pasaba. Se encontraba en poder de todos los deseos del amor. Pero no era de su agrado disimular, y el día en que José, á fuerza de ex-



citaciones, la confesó que á su vez él la adoraba desde el momento en que la vió por primera vez, Antonieta se sintió embargada por un sentimiento de triunfo, y orgullosa de sí misma, feliz, se creyó hasta más bonita.

La señora Herbaut veía ó adivinaba estos sentimientos sin decir ni una palabra; pensaba para sí que los dos jóvenes unidos harían una bonita pareja. Les oía con gusto hablar del matrimonio; les dejaba en libertad de charlar y de ir y venir donde querían. Apoyada en el brazo de José, sujetos los cabellos en una redecilla guarnecida de azabaches, con un pequeño broche de doblé en el cuello y unas mangas blancas de encaje, Antonieta iba á pasearse los domingos por el campo, tomando parte en los bailes campestres. Lo que le gustaba sobre todo era Noyent, con sus islas de bosques espesos, un pueblo de marineros bailando bajo los arcos del viaducto, aquellas casas de comidas al aire libre, las orillas del río, en que los obreros, los dependientes del comercio, las grisetas y los militares, sentados y alegres, comían viendo deslizarse ante ellos la corriente. Dar un paseo en un bote llevaba su alegría al límite. José remaba; ella se bañaba las manos en las aguas del Marne, cortaba los juncos que alcanzaba á su paso,

y trataba de coger los pececillos que salían nadando por debajo de los costados de la barca. Traía á su memoria, de la manera que se recuerdan las cosas de un tiempo que pasó, aquellos días en que ayudaba al padre Labarbade en su oficio de patrón, metida en la vieja embarcación de aquél. Alguna vez se entretenía en despertar á algún piloto metiéndole por las narices el extremo de una pajita, al encontrarle dormido en una barca á la sombra del toldo. Si aquél se enfadaba, Antonieta se reía y José remaba con toda su fuerza.

Por la tarde comían en la isla del Amor sobre la hierba, se balanceaban en el columpio del restaurant, y Antonieta se dejaba lanzar al vacío excitada, calenturienta, abriendo la boca y narices al aire fresco que la azotaba el rostro y plegaba las ropas que llevaba contra sus piernas. Después se empezaba el baile. Brincaba sobre el suelo á las primeras notas que dejaban oír esas orquestas campestres tan características. Los rigodones en cuadrilla la enloquecían; se lanzaba al baile, arrastraba á José, y electrizada por la música, hacía mil movimientos como si estuviese sometida á la acción de una pila voltáica. . . . .

Plaisance es una pequeña ciudad, de un carác-